

LOS AÑOS 50

**EN UNA CUBA QUE ALGUNOS AÑORAN, OTROS
NO QUIEREN NI RECORDAR Y LOS MÁS DESCONOCEN**

**OSCAR PINO SANTOS
FOTOS: RAÚL CORRALES**



**INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA, 2001**

AGRADECIMIENTOS

El autor desea consignar su reconocimiento a Silvia Gutiérrez por la eficiencia de su inicial labor editorial y a su hija Carina que —con profesionalidad y cariño filial— la llevó a término.

También a Omar González, autor al mismo tiempo que entonces presidente del Instituto Cubano del Libro. Él, evaluando el contenido de la obra, acogió la idea de publicarla, no sin convertir en realidad el sueño del autor de una bella y bien ilustrada edición.

Tampoco huelga mencionar a Jorge Ibarra, a quien se debe desde el proyecto de la obra hasta las primeras discusiones sobre cuáles trabajos seleccionar. Sin tal gestación este libro nunca habría visto la luz.

PRÓLOGO

La obra de Oscar Pino Santos no requiere presentación en Cuba. La historiografía republicana sería distinta sin sus aportes. Por otra parte, quienes podrían valorar mejor su obra, desde la perspectiva común que compartían, sus compañeros de estudios marxistas de la economía cubana, Carlos Rafael Rodríguez y Jacinto Torras, ya no se encuentran entre nosotros. De ahí que estas líneas solo tengan por objeto aportar un testimonio de época sobre la significación que tuvieron algunos de sus escritos en los medios universitarios y revolucionarios en los años 50. Un testimonio histórico que es también un testimonio de gratitud, pues nuestra toma de conciencia revolucionaria estuvo vinculada en más de un sentido a la lectura de sus escritos. De manera parecida sus ensayos y síntesis históricas publicadas, con posterioridad al triunfo revolucionario, contribuyeron a nuestra formación como historiadores. De ahí que escribamos estas líneas no solo como testigos de una época, sino también como legatarios de una tradición.

Hay un hecho que el autor de este libro, sin dudas por modestia, no destaca en su introducción y que resulta imprescindible para comprender la significación de la página que escribió para la revista *Carteles* de 1954 a 1958. Durante esos años la única sección periodística fija en los medios masivos de comunicación escrita con un enfoque marxista fue la de Pino Santos. Ahora bien, para que su mensaje llegase a las capas más amplias de la población, sin que la dirección de la revista se percatase de su orientación, era preciso que prescindiese de la terminología marxista. Se trataba entonces de revelar los hechos de la explotación y el dominio imperialista de manera tal que los lectores llegasen por su cuenta a conclusiones opuestas a las que predicaba la burguesía dependiente y la dictadura. Sin incurrir en las formulaciones vagas o estridentes de algunas corrientes populistas, ni reduccionistas y apodícticas de cierto sectarismo marxista, el autor encontraría un lenguaje ameno y accesible al alcance de los lectores de la revista.

La diversidad de temas que abarcaron estos escritos, definió el propósito del autor de llegar a todas las capas del pueblo cubano. Las denuncias que formuló constituyeron un llamamiento a la conciencia de todos los cubanos, no a las de un grupo o una clase social en particular. De ahí que los diversos problemas que afectaban la vida cotidiana de los cubanos de los más distintos credos y procedencia social, fueran analizados de manera sistemática por el autor.

La crítica a las políticas de la dictadura de Batista y la burguesía dependiente evidencia que éstas afectan de manera parecida a la clase media urbana, al campesinado y a los trabajadores. Así la restricción azucarera, el sistema arancelario y fiscal, las prácticas crediticias de las instituciones financieras, la deforestación, el latifundismo, los tratados de Reciprocidad Comercial firmados con Estados Unidos, eran expresión de *un sistema de privilegios que excluía de sus beneficios a las grandes mayorías populares y mantenía estancada a la economía cubana. Los datos que evidenciaban la existencia de una crisis económica permanente* fueron expuestos por Pino cuando analizó los niveles de vida de los inicios de la República y los comparó con los de la década de 1950. El creciente deterioro de los salarios reales y del nivel de vida de

las clases laboriosas y la clase media, evidenciaban el proceso catastrófico al que estaba abocada la República en la década de 1950.

Ahora bien, en la literatura económica de los años 40, las referencias al proceso de proletarización que tenía lugar eran más bien escasas. Este hecho no fue obstáculo para que Jacinto Torras previese en 1949, las dimensiones desproporcionadas que tomaría el desempleo con la agudización de la crisis y en 1953, describiese al desempleo como un fenómeno que comenzaba a tomar un carácter global en la medida que abarcaba a cerca de un 67% de la población en edad laboral. No obstante le correspondió a Pino Santos, desde las páginas de *Carteles*, profundizar en el desempleo como un proceso que afectaba en gran escala a la juventud en las ciudades y en el campo. De ahí sus reportajes sobre la juventud y el forum referido a la crisis económica, que se efectuó en la Universidad de la Habana. Y en otros artículos vinculaba la emigración de jóvenes a otros países al creciente desempleo. En la medida que el paro era uno de los males que incidía de manera particularmente aguda sobre la juventud, los escritos de Pino Santos eran discutidos en los medios universitarios y la crisis que afectaba a la nueva generación era vinculada a la que sufría todo el país, Uno de los artículos que tuvo mayor repercusión en el país, por el hecho de revelar las cifras del desempleo, a partir de fuentes gubernamentales, fue uno que tituló, “Más de 1 235 000 desempleados en Cuba.”

En dos reportajes que publicó para su página de *Carteles* Pino Santos denunció con posterioridad el proyecto de dividir la Isla en dos, el llamado Canal Vía-Cuba. La denuncia contribuyó a movilizar la opinión pública contra el engendro promovido por el régimen e intereses norteamericanos. A lo largo de toda la Isla tuvieron lugar actos de protesta escenificados en distintos centros estudiantiles. En la Universidad de Oriente, se incendió un ómnibus en acto de repudio contra el designio de la dictadura y los principales dirigentes universitarios fueron encarcelados. Los partidos políticos y la prensa rechazaron de manera unánime el proyecto. Tal fue la oposición que encontró el plan entreguista de la soberanía nacional, que un mes después la dictadura hubo de desistir de sus propósitos.

Los escritos que recoge este libro, resultado de una investigación sistemática de su autor en las publicaciones estadísticas y en una diversidad de archivos, constituyen, de por sí, una fuente de primer orden para la historia social del período. Algunos de los resultados de esta investigación primaria fueron incorporados con posterioridad a las síntesis históricas de más largo aliento que escribió luego el autor. Ahora bien, la historiografía cubana tiene todavía ante sí la tarea de reconstituir la influencia que ejerció el periodismo de la época, en la forja ideológica del proceso revolucionario y en el pensamiento de las vanguardias políticas. En ese sentido nuestro más encarecido deseo es que estas notas constituyan un estímulo al comienzo de estudios sobre el papel que desempeñaron pensadores como Oscar Pino Santos.

Jorge Ibarra

INTRODUCCIÓN

La presente obra recoge una selección de los más de 200 reportajes, ensayos y artículos que escribí durante casi cinco años (1954-58) para Carteles —junto con Bohemia, la revista más importante del país entonces.

Fue Jorge Ibarra quien —considerando su valor documental como reflejo de la Cuba de aquellos procelosos años de la década de los cincuenta— me sugirió la idea de su publicación.

—De acuerdo, le dije, pero sólo voy a seleccionar y no a revisar: a aquello que escribí hace más de 40 años no le quito, ni le añado, ni le cambio una sola palabra.

—Bueno, mejor que mejor.

—Entonces, el problema consiste en ponerle un buen título.

Pero esta última resulta una de las faenas más arduas con que suele enfrentarse un escritor. Hemingway confesaba que hubo ocasiones en que llegó a ensayar hasta más de un centenar de títulos para algunas de sus obras. Y aún recuerdo que en aquellos días en que me desenvolvía como periodista —a mi nivel infinitamente más modesto— esa era una de las más laboriosas tareas a la que debía dedicar tiempo. Ahora, desde luego, el desafío era decenas de veces mayor por el número de trabajos seleccionados y su variedad temática.

No sé si el título finalmente escogido cumple el objetivo de atraer al lector y a la vez expresar el contenido de aquellas colaboraciones de Raúl Corrales (la imagen) y mía (la letra) en Carteles, aunque sí estoy persuadido de su interés como reflejo testimonial, multifacético y veraz de lo que era Cuba en los años cincuenta.

Por cierto que a veces uno escucha o lee —en versiones que generalmente proceden del otro lado de la Corriente del Golfo— alguna nostálgica referencia a aquel período de medio siglo atrás. A él se alude cual si representara algo así como la edad de oro de la era republicana. A alguien le oí decir no ha mucho: “¡Los años cincuenta! Ah, por La Habana circulaban miles de Fords y Chevrolets, funcionaba el Johnny Dream y la visitaban, entre otras refulgentes estrellas, Sarita Montiel, Nat King Cole y Josephine Baker.”

Voy a tener el buen gusto de no refutar tales remembranzas, en parte, porque también son mías y no dejan de conmoverme cuando a mi descacharrado Lada lo sobrepasa en la vía —raudo y aún cual nuevo— un Impala como el que yo tenía en el 59. O si, por casualidad, transito hacia las cercanías de lo que fue —con aquella semioscuridad apenas desvaída por sus insinuantes luminiscencias interiores— el Johnny Dream. Pero tengo asimismo otros recuerdos.

El de Sarita Montiel —cuya voz de mediocre cupletista apenas disimulaba aquella su fría y como de hielo belleza— me resulta evanescente. O el de Germán Pinelli quejándose de que al maravilloso Nat King Cole (Unforgettable) lo contrataron con diez mil dólares por cada actuación en Tropicana, mientras que a él, su presentador, sólo le pagaban veinticinco pesos. Y aún me parece estar viendo a la egregia Josephine Baker sentada sobre una silla en medio de la calle (Mesquina a 23) en protesta contra la emisora de TV que no le permitió entrar en el estudio, según se corrió entonces por el color de su piel. ¡Ah!, y el Johnny Dream fue, más parece que todavía es: ahora se llama Río Club (US\$15 la pareja).

Otra reacción tengo, sin embargo, ante exámenes recientes sobre otros aspectos —no ya tan superficiales— de la vida cubana de entonces. Me refiero a los que realizan centros de altos estudios, “tanques pensantes” y aun instituciones oficiales del gobierno norteamericano. En ellos —con apoyo de ciertas manipulaciones estadísticas— se alude a una Cuba en los cincuentas sin mayores problemas socioeconómicos, cada vez más próspera y a la vanguardia del desarrollo en América Latina.

Los trabajos incluidos en esta obra —escritos en aquel período, contemporáneamente a los hechos, reflejando en vivo la realidad del país y con datos y testimonios tan abrumadores como infalsificables— demuestran sin lugar a dudas la falacia de esas interpretaciones. Aquella era, a decir verdad, la Cuba del capitalismo dependiente y subdesarrollado con su secuela de deformaciones económicas estructurales, desigualdad social, desempleo en gran escala, analfabetismo y pobreza aquí y allá apabullantes —por no hablar de otros aspectos relacionados con su identidad como nación. Era, aquella de los cincuentas, la Cuba que antecede, explica y desencadena los históricamente conmocionales cambios que tendrían lugar en las mismas postrimerías de la década y comienzos de la siguiente.

Por otro lado los lectores inclinados hacia el libro útil, pero de texto objetivo y entretenido, no tienen porqué asustarse ante ese anuncio de una obra crítica del pasado cubano y que, aunque contiene trabajos de cierta levedad informativa, abunda en otros de mayor densidad y cala analítica. Aquí no hallará la apología de procesos que entonces aún no habían tenido lugar y que ni siquiera se preveían. Además, los temas tratados —al nivel permisible en aquella época y revista— se exponen con el estilo claro y ameno exigido por un periodismo que dependía para su sobrevivencia (léase ventas) de materiales que incitaran la atención del gran público. Y ello, singularmente, en el caso del tipo de periodismo a que yo me

dedicaba —investigativo, analítico e implícitamente denunciador— y cuya contrapartida necesaria era una exposición literaria elaborada con la matrera intención de agarrar al lector en el primer párrafo y continuar redactando de manera que no se me escapara hasta el último.

Al éxito de ese esfuerzo contribuían la calidad tipográfica y el diseño de la revista, pero de manera decisiva también las excelentes fotos de Raúl Corrales. Desde luego, asimismo, la tarea investigativa que respaldaba aquellos trabajos y que comprendía desde la sedentaria búsqueda de fuentes bibliográficas, las entrevistas a innumerables personas —ora corrientes u ora relevantes— y los agotadores trajines que nos llevaban —yo con mi libreta de notas y Raúl cámara en ristre— a viajar por todo el archipiélago en busca de una información que podía estar en las montañas o los valles, en el campo o los centros urbanos, en la tierra o en el mar —incluso en los profundos túneles mineros del subsuelo.

Tales, por así decirlo aventuras —con sus a veces toques dramáticos— quedarán evidenciadas con la lectura de este libro. En cambio, menos obvios resultan otros hechos.

Muchos compañeros, por ejemplo, con cierto asombro, me han preguntado:

—Pero, ¿cómo fue posible que te publicaran aquellas denuncias, a veces tan a fondo y siempre sin concesiones ideológicas, en una revista como Carteles, propiedad de conocidos empresarios que formaban parte de las clases dominantes en un país de capitalismo dependiente como lo era la Cuba de aquellos tiempos?

Bueno, tal contradicción tenía —y aún tiene en parte— ciertos elementos de misterio, por decirlo de alguna manera.

Más adelante ensayo dar una explicación a esa incógnita.

Pero, antes, convendría narrar primero cómo se realizaban aquellos trabajos.

Es una historia que quizá no carece de interés.

I

Yo tenía unos veintitantos años cuando comencé a trabajar para Carteles.

Me había estrenado—y entrenado— como periodista en Hoy, el órgano oficial del PSP.¹ Allí mi mentor había sido su jefe de redacción, Honorio Muñoz, un nombre que tal vez hoy resonaría familiar a muy pocos oídos, pero a quien entonces consideraba —y aún

considero— como el más completo y extraordinario exponente de esa profesión que Cuba haya producido. En Hoy trabajé unos tres años, pues a raíz de los sucesos del cuartel Moncada, el 26 de Julio de 1953, fue clausurado por la dictadura batistiana.

Más incluso por una decidida vocación que por atendibles razones económicas se me ocurrió unos meses después presentar un artículo en la revista Bohemia. Recuerdo que —por contraste con los militantes y combativos de mi experiencia anterior como reportero— el tema era algo inocuo: los ciclones, y que lo acompañé de unas ilustraciones de Adigio (Benítez), el dibujante de Hoy que luego se revelaría también como pintor y poeta. Adigio se había quedado sin trabajo y atravesaba una difícil situación económica. Cuando le mostré el texto del artículo y le pedí unos bonitos trazos para darle vida, me preguntó:

—¿Y tú crees que lo publiquen?

—Quién sabe. La gente que quiere que le saquen algo en Bohemia anda pulula por ahí. Muy pocos tienen éxito.

—Pero se puede probar.

—Eso digo yo.

—Bueno, voy a hacerte algo para ilustrar esto.

Bohemia era la revista más importante de Cuba y se afirmaba que también de América Latina. Elaborada con un sentido moderno y profusamente ilustrada por ágiles fotorreporteros, cubría puntualmente con sus informaciones tanto la actualidad nacional como internacional. En cuanto a la primera, sobre todo, tenía como una suerte de especialidad la denuncia de los aspectos más escandalosos de la venalidad y corrupción politiquera entonces dominante. Su prestigio lo realzaba también la colaboración de algunas de las mejores plumas del país (Roa, Mañach y otros) y la apertura de sus páginas a polémicas que encendían figuras de la vida pública como Eduardo R. Chibás y, a veces, una joven pero ya ascendente figura en el escenario nacional llamado Fidel Castro.

Para mi sorpresa, aquel artículo fue publicado enseguida (me parece que a la semana siguiente al día en que lo presenté).

Entusiasmado, no aguardé mucho para llevar otro. Y otro. Y otro. Todos corrieron igual (buena) suerte.

Pero cierta vez, al entregar uno —como era usual: al portero—, recibí un mensaje: el jefe de redacción de la revista me invitaba a que subiera a su despacho, pues deseaba conocerme.

Antonio Ortega era un exiliado español todavía relativamente joven, y, según luego comprobé, persona culta y fino escritor. La charla resultó por tanto amable e interesante. Mas cuando ya estaba casi al despedirme, dijo de pronto:

—¿Quisiera usted trabajar con nosotros, pero en la revista Carteles?

Esto me sorprendió y no sólo por lo inesperado de la proposición.

Bohemia, aunque desenvolviéndose ideológicamente sin transgredir los linderos del régimen de capitalismo dependiente que imperaba en el país, tenía sin duda una orientación democrática —en algún sentido lo que suele llamarse progresista o reformista o aun populista. Carteles no solo yo la tenía como de propiedad de otra empresa ajena a Bohemia, sino que en realidad era otra cosa. Su perfil era más o menos rancieramente conservador; cuando no reaccionario, y pese a sus recursos técnicos —impresión offset y algún que otro aspecto de su presentación como aquellas maravillosas portadas de Andrés—, por su formato y contenido debía conformarse con una posición segundona en el mundo editorial de las revistas cubanas.

Ortega me aclaró enseguida la situación.

—Es que Miguelito² con otro socio, ha comprado Carteles. Me han nombrado su director y la idea consiste en ponerla a la altura de Bohemia.

—¡Ah, no sabía!

—Así es. Entonces, ¿qué me responde?

—Acepto, pero debo aclararle que no tengo título de periodista.

—No importa. Veremos cómo manejar eso para evitar problemas de intrusismo profesional.³ Por ejemplo, se pueden publicar sus trabajos a título de colaborador.

—Muy bien. Y, ¿cuándo comenzamos?

—En dos o tres semanas. Vaya pensando en preparar un buen reportaje sobre algo de interés nacional. Y que sea impactante. Yo sé que usted puede hacerlo.

II

El primer trabajo que presenté en Carteles —era sobre el problema de la deforestación de Cuba— fue seguido de otros sobre el mismo tema, convirtiéndose en una verdadera campaña denunciando el alarmante proceso de desaparición de los bosques que antaño cubrían la isla de un extremo a otro. No solo se perdía así la riqueza maderera —explotada sin reposición ni controles— así como la flora y la fauna nativas, sino que ello estaba dando lugar a un creciente fenómeno de erosión y desertificación que ya afectaba extensas regiones.

Había incorporado a Raúl Corrales, que había sido mi compañero de trabajo en Hoy, a esa tarea y él con su vieja Leyka y yo con mi libreta de notas, ambos mochila al hombro, comenzamos por abordar una goleta en Santiago de Cuba para —luego de una noche de navegación— desembarcar en el puertecillo de Chivirico, al pie de la Sierra Maestra. En camiones que por sorprendentes senderos escalaban

aquellas montañas, llegamos luego hasta las alturas donde negociantes sin escrúpulos pero con la complicidad oficial devastaban los imponentes y milenarios pinares. Solo después que Raúl se dio gusto tirando fotos y yo consideré que tenía los datos necesarios para el reportaje fue que decidimos iniciar aquel para nosotros memorable regreso.

Íbamos en un camión y como cabalgando sobre unos enormes troncos de pinos, castigados por el frío y la lluvia, mientras el vehículo bordeaba imponentes abismos sin que los haces de luz de sus faros pudieran apenas atravesar la espesa neblina. Tratábamos de distraernos conversando con un muchacho que era el otro pasajero en el viaje. Había nacido allá arriba en las serranías y nunca había salido de allá —ni siquiera para conocer la costa y el mar. Típicamente, como la mayoría de los habitantes de la región, era analfabeto, aunque en su rostro aindiado brillaban unos ojos de clara inteligencia. En cierto momento nos llamó la atención, con gesto de asombro, al tiempo que señalaba una parpadeante luminosidad que alumbraba un fragmento de la noche en el lejano horizonte.

—Miren aquellas luces —dijo—. Nunca había visto yo estrellas tan bajitas.

—No son estrellas, chico.

—¿Cómo que no! ¿Y qué otra cosa pueden ser?

—Las luces de la ciudad de Santiago de Cuba.

—¡Oh, para allá voy!

El encuentro fue afortunado porque cuando al amanecer llegamos a Chivirico, un coronel —cortés pero de feroz aspecto— que se hallaba de inspección en el cuartel de la Guardia Rural ordenó nuestro arresto. En un descuido, por cierto, logramos contactar discretamente a aquel muchacho y le dimos instrucciones de llamar desde Santiago a La Habana informando a la dirección de la revista de nuestra situación. Raúl no estaba muy optimista argumentando que el improvisado mensajero probablemente nunca en su vida había visto un teléfono. Pero, aun así, el caso es que se las arregló para cumplir su cometido y una semana más tarde nos liberaron. Raúl recuperó sus rollos con las importantes fotos que testimoniaban la destrucción de aquellos montes. Pero yo perdí mis notas con los datos que revelaban la complicidad de las autoridades —entre otras, la propia Guardia Rural— en aquel negocio. Hojita por hojita, las que no pude deslizar entre los tablones del piso del cuartel para que cayeran en el mar, me las había tragado.

Luego del trabajo sobre el caso de la Sierra Maestra, la campaña periodística continuó con un recorrido que incluyó desde las llanuras camagüeyanas —donde cañaverales y potreros habían suplantado

los antaño espléndidos bosques de maderas preciosas— hasta el extremo más occidental de la Isla —donde la toponimia de la región precisamente llamada pinareña recordaba que en una época era bien distinto el paisaje de rocas y pantanos que ahora teníamos a la vista.

III

Los trabajos sobre el problema forestal fueron los que dieron inicio a una colaboración con Carteles que duraría alrededor de cinco años y debió incluir creo yo más de doscientos reportajes, artículos y entrevistas dado que puntualmente debía producir uno a la semana (so pena de no cobrar). Pero también representaron una suerte de modelo de un tipo de periodismo hasta entonces nunca —o apenas— practicado en Cuba, al menos con aquella sistematicidad. Una de sus características consistía en realizar investigaciones que llegaban hasta las fuentes vivas y directas de información, que usualmente no se hallaban en La Habana— sino a veces en los más disímiles lugares del resto del país.

Fue así que un reportaje sobre los pescadores de plataforma nos llevó a pasar toda una semana —con solo agua y cielo a la vista— navegando por la cayería del sur camagüeyano en la pequeña lancha de uno de ellos. Era un trabajo duro aquel de Juan (así se llamaba el pescador) y de los miles de hombres que se buscaban la vida con aquel oficio en medio del tranquilo silencio y la soledad del mar. Para nosotros, sin embargo, aquellas jornadas no carecían de sus momentos de emoción como una madrugada cuando comenzó a asediarnos cierto enorme tiburón de la feroz especie de los galanos. Juan permaneció inmutable. Raúl dijo que le preocupaba más el hecho de que en aquella pobre embarcación no había siquiera un radio para saber si se aproximaba un temporal o ciclón. Y yo, algo tenso, me limité a observar los amenazadores movimientos del temible escualo, hasta que pasado el aparente peligro volví a mis notas calculando el rendimiento económico de aquel ingrato trabajo.

No era muy alentador, para decirlo suavemente.

Con aquel barquichuelo y tan rudimentarias artes de pesca —cordel y anzuelo— como las que caracterizaban entonces aquella actividad (la flota de alto estaba mejor dotada), la captura cotidiana no era gran cosa. Sacando la cuenta de los ingresos posibles (a tanto la libra de tal peje) y los costos (víveres, hielo y otros), pero sobre todo considerando la parte con que se quedaban los intermediarios, el saldo a favor del pescador era en verdad casi nada.

En cierta ocasión, al terminar aquella elemental contabilidad, le dije a Juan:

—Oye, ¡pero si a ti apenas te quedan unos centavos luego de estos pagos!

—Claro —se limitó a contestar mientras se encogía de hombros—. Por eso es que uno nunca sale de esta miseria.

Mas, como dicen los propios economistas, *mutatis mutandi*, aquella era la misma situación que uno solía encontrar cuando haciendo investigaciones —culminantes en reportajes— que nos llevaban a visitar los horribles barracones donde malvivían los cortadores de caña de los centrales azucareros orientales y camagüeyanos; los pobres bohíos de los colonos villaclareños y campesinos habaneros; los túneles, a cientos de pies de profundidad donde, bajo amenazantes condiciones para la salud y aun la vida, trabajaban los obreros del manganeso en las minas orientales y los del cobre en las pinareñas.

Párrafo aparte merecen aquellas andanzas por la Ciénaga de Zapata.

IV

Raúl y yo estuvimos varias veces en aquella península de la que entonces solo se conocían los datos aparecidos muchos años atrás por el geógrafo y arqueólogo Antonio J. Cosculluela (“Cuatro años en la Ciénaga de Zapata”). En cierta ocasión la atravesamos de un extremo a otro, caminándola a pie sobre el diente de perro, atravesando el monte bajo y deteniéndonos solo en los cortes donde se elaboraba el carbón de que vivían sus habitantes. Todo ello, usualmente eludiendo los pantanos y desafiando la agresión masiva de mosquitos que, según decía un cienaguero —hombre analfabeto, pero poeta natural que solo sabía expresarse en lenguaje metafórico—, eran tales que “cuando uno los mata de una palmada suenan como si se les rompieran los huesos”. Más cómodo —y excitante— resultaba en ocasiones, sin embargo, avanzar encaramados sobre una montaña de sacos de carbón de los que se transportaban en bongos —grandes barcasas tiradas por un lanchón— que navegaban por los estrechos canales que cruzaban por doquier la región y permitían salir a la ensenada de la Broa.

La vida paupérrima, aislada y al margen de los más elementales recursos de la civilización —comunicaciones, escuelas, servicios médicos— hacía de aquella región todo un símbolo de lo que a otra escala caracterizaba la vida social en otras de la Cuba de entonces. La expresión más concentrada y dramática de todo ello se identificaba probablemente con la absoluta carencia de posibilidades de atención a la salud.

En los quizá más de 3 500 km² de la Ciénaga no había un hospital, ni una sola de las llamadas “casas de socorro”, ni siquiera un médico.

En cierta ocasión tuvimos que hacernos cargo de un muchacho que con la barriga inflamada y sufriendo de terribles cólicos, luego de algunas vicisitudes, logramos llevar hasta San Nicolás de Bari, en el sur de la provincia habanera. De madrugada lo atendió allí un médico que tras examinarlo nos dijo: “Tiene el paquete de parásitos más grande que yo haya conocido en toda mi vida profesional. Lo curo y luego veré que regrese a la Ciénaga.” Pero el caso más trágico ocurrió una vez en que, por diversas circunstancias, andaba yo solo por aquella región. Iba a bordo de uno de los varios bongos que —cargados hasta el tope de sacos de carbón y remolcados por una lanchita— salía del río Hatiguanico y costeano la ensenada de la Broa se dirigía a Surgidero de Batabanó.

Era una noche bastante oscura y de pronto se desató tan fuerte tempestad que haciendo equilibrios y saltando de saco en saco logré alcanzar la popa de la lancha e introducirme en esta. Para mi sorpresa, hallé que no era yo el único pasajero. Cerca del patrón de la embarcación —un hombre de unos 45 años, mediana estatura pero recia complexión física, en cuya pronunciación no obstante su parquedad en el hablar se adivinaba un gallego de los muchos que había en la Ciénaga— se hallaba un matrimonio muy joven, casi de adolescentes. Ella tenía en los brazos un bebé tal vez de solo unos meses de nacido y cuando el lanchero, sin abandonar el timón, se volvía hacia ella con expresión interrogante, se limitaba a decir: “¡sigue volado en fiebre!”. El esposo —la ansiedad retratada en el rostro— a veces preguntaba con cierta timidez: “¿Y tardaremos mucho en llegar?” Pero no recibía respuesta de aquel patrón que a mí me parecía, por lo mismo, tipo de los duros, seco e insensible.

Me di cuenta de la situación.

El niño estaba enfermo, probablemente grave y la única oportunidad de salvarlo consistía en llegar lo más pronto posible a Batabanó para darle asistencia médica. Era una carrera contra el tiempo y aquella lancha —con su ruidoso y ora monótono u ora trepidante motor remolcando media docena de sobrecargados bongos sobre la mar picada y bajo el cada vez más tempestuoso aguacero— avanzaba con exasperante lentitud.

De pronto ocurrió lo inesperado.

Sin una sola palabra de explicación, el patrón de la lancha se despojó de su ropa quedando solo cubierto por un corto calzón, apagó el motor, que se detuvo con un breve estertor, lanzó una potala que inmovilizó la embarcación y de un salto se sumergió en las aguas. Acto seguido, con tres o cuatro vigorosas brazadas llegó a la popa donde rápidamente zafó de la lancha el primero de la hilera de bongos. La profundidad allí no era mucha puesto que, dando pie con el fondo

marino, se echó al hombro el extremo del cabo desprendido, iniciando la más increíble acción que jamás hubiera yo podido imaginar. Esto es halando solo a fuerza de músculos aquella barcaza —a la cual seguían las restantes atadas a ella— comenzó a separarse de la lancha, dirigiéndose hacia una costa que, más que distinguirse, había que adivinar en medio de la lluvia y la oscuridad de la noche.

Comprendí enseguida que presenciaba todo un espectáculo que, según recuerdo perfectamente, evocaba en mí algo así como uno de aquellos épicos episodios de la mitología griega.

El peso de aquellos bongos —de veinte o más metros de largo cada uno con la pesada carga de cientos de sacos de carbón—debía ser tremendo y, aunque sobre las aguas, moverlos simplemente parecía tarea sobrehumana. Sin embargo, aquel hombre, el torso inclinado por el esfuerzo, la mar hasta el pecho y la gruesa cuerda al hombro firmemente agarrada con las manos, avanzaba paso a paso, lentamente, seguido por la larga cadena de barcazas. Presumí que se dirigía a algún punto de la línea de manglares que yo solo podía divisar de cuando en cuando tras la breve iluminación de un relámpago, probablemente hacia donde desembocaba uno de los muchos canales de la ciénaga que la llobreguez imperante me impedía ver pero que él, muy familiarizado con aquel litoral, podía sin dudas —aun a ciegas— encontrar. Al cabo de un rato desapareció como tragado por la oscuridad.

Transcurrió entonces tal vez media hora y de pronto le vi regresar. Solo. Bongos y mercancía sin duda dejados en lugar seguro. Con ágil movimiento subió entonces a bordo donde luego de secarse rápidamente se puso la camisa que había dejado sobre el timón, recobró de un par de tirones la potala y encendió el motor. La lancha se puso en movimiento y ahora, liberada de aquella pesada carga, comenzó a avanzar a apreciable velocidad.

El joven matrimonio había, como yo, observado todas aquellas maniobras en silencio, pero notando la rapidez con que ya comenzaba a navegarse, pareció más tranquilo: el muchacho musitando algo así como “ahora sí llegamos pronto” y ella respondiendo con lo que parecía alentador gesto.

Unas dos horas más tarde, ya amaneciendo y con el temporal que nos había acompañado durante casi todo el viaje convertido en fina llovizna, atracamos en un muellecito del Surgidero de Batabanó. Fue cuando el gallego patrón de la nave se acercó a los muchachos y yo, bajo la tenue claridad del sol naciente, pude verle mejor, con su aspecto —de gigantesca figura mitológica que me había parecido poco antes, cuando protagonizando aquella proeza física en ejercicio del más puro sentimiento de solidaridad humana— reducido ahora a dimensiones

reales. No era muy alto e incluso más bien delgado, pero de figura atlética, rostro magro, afilado, con ojos claros de color indefinible y cabello oscuro en el que ya aparecían algunas hebras de plata. Se movía con gran agilidad, los músculos muy marcados y tensando por momentos la piel extremadamente blanca. Pero el semblante permanecía inexpresivo y la palabra escasa, limitado su uso a lo necesario.

Un casi imperceptible sentido de solicitud pareció, sin embargo, matizar el tono de su voz cuando le preguntó a la muchacha cómo seguía el niño. La joven madre casi sonrió y mientras con un brazo sostenía cargado al enfermito, con la otra mano levantó parte de los pañales que lo cubrían. El hombre se aproximó aún más, pero de pronto retrocedió para, enseguida, inclinándose, ponerle la mano en la frente y el oído en el diminuto pecho.

Un instante después se separaba, dando un paso atrás y sin aparente emoción, pero con los brazos caídos como en actitud de decepción o impotencia, pronunció secamente aquellas palabras que aún me parece escuchar.

—De nada sirvió... Ya está muerto.⁴

V

Aquella tragedia —secuela directa de la pobreza, falta de recursos médicos y comunicaciones— formaba parte de aquel paisaje de explotación foránea y doméstica, pobreza apabullante y desempleo en gran escala que caracterizaba el país. Todo ello derivaba por supuesto del régimen de capitalismo dependiente que había deformado sus estructuras económicas, impuesto el subdesarrollo y cerrado las perspectivas de progreso. El sistema latifundiarío dominante en la propiedad agraria, los tratados de “reciprocidad” comercial con los Estados Unidos y las políticas oficiales —como la azucarera a que se refieren varios trabajos publicados en este volumen— se ajustaban, agravándolas, a las consecuencias de ese típico modelo primario-exportador.

La concentración en unas pocas manos de enormes extensiones de tierra —complicada con el régimen de tenencia que agobiaba a la mayoría de los campesinos—, era desde luego uno de los factores determinantes de aquella situación, más de una vez expuesta en los trabajos de Carteles y otros. El énfasis usual lo ponía, por supuesto, en el caso de las compañías azucareras norteamericanas —controladas por los clanes financieros de Nueva York— y en el de los poderosos ganaderos de la oligarquía criolla. Pero es interesante apuntar que en la década de los cincuenta el capital estadounidense

comenzaba también a penetrar el sector ganadero. A la vanguardia pionera de ese proceso se hallaba la llamada Compañía Ganadera Becerra —pese a tan castizo nombre, una subsidiaria del famoso King Ranch de Texas.

De aquella visita a la finca especializada en ganado Santa Gertrudis que fomentaba la empresa en el norte camagüeyano me quedó para siempre el recuerdo de su administrador: un verdadero cowboy de aspecto menudo pero fuerte complexión que parecía haber nacido en la montura de un caballo. Mister Tash —creo que así se llamaba pues estoy citando de memoria— se presentaba como la persona más lacónica que he conocido. A todas mis observaciones sobre, por ejemplo, aquella técnica mecanizada de cercar, la calidad del pasto de pangola utilizado y las características del ganado que allí se desarrollaba, respondía siempre con monosilábica concisión: “sí” o “no” y, cuando muy locuaz, “tal vez”. Al cabo de un rato de lo que, exagerando, llamaría conversación, excusándose por tener que salir de inmediato para la ciudad de Camagüey y de un salto que hubiera envidiado John Wayne en sus mejores tiempos, montó en brioso corcel y a galope se dirigió a una avioneta que se hallaba en un campo cercano y que enseguida emprendió el vuelo.

A mí me pareció entonces que su parquedad en el hablar era producto del carácter de aquel hombre. Pero tiempo después tuve mis dudas, al considerar los intereses que se movían detrás de la Compañía Ganadera Becerra y su casa matriz —el King Ranch— y sus relaciones con Cuba.

El King Ranch, en efecto, un gigantesco emporio ganadero tejano, era públicamente conocido como propiedad de la multimillonaria familia Kleberg. Menos sabido era el hecho de que a fines de la década de los cuarenta el verdadero control de la empresa estaba ya mediatizado por un complejo de grupos financieros neoyorkinos aliados que incluía elementos tan poderosos como los Rockefeller, Schroeder, Sullivan & Cronwell y otros. Estos grupos tenían también fuertes intereses azucareros en Cuba, disfrutaban a través de los hermanos John y Allen Dulles de una gran influencia en el Departamento de Estado y la CIA, y, según pude argumentar tras rigurosa investigación años más tarde, desempeñaron un papel determinante en el golpe de Estado de Batista el 10 de Marzo de 1952. No solo la política azucarera del dictador respondía por cierto al programa trazado por aquellos miembros de los más altos círculos financieros norteamericanos —sobre todo la gente de Sullivan & Cronwell— sino que entre los primeros decretos del tirano hubo uno otorgando toda suerte de facilidades y exenciones fiscales a... la Compañía Ganadera Becerra.

Entonces, me preguntaba yo cuando hice aquella investigación sobre el madrugonazo del 10 de Marzo, me pregunto aún ahora cuando escribo estas líneas y le pregunto al lector que las está leyendo: la extraordinaria economía verbal de Mister Tash, ¿era realmente un rasgo de su carácter? O, más probablemente, ¿no sería producto de una orden recibida de comportarse en nuestro país —en particular ante periodistas— con la más absoluta discreción?

VI

Además del régimen latifundiaro, otro de los dogales impuestos por el imperialismo a la economía cubana, impidiendo su diversificación y desarrollo, era el Tratado de “Reciprocidad” Comercial con los Estados Unidos (1934). Como el de 1903 —pero en varios aspectos aún de peores consecuencias— entregaba bien atado de pies y manos el mercado cubano a los exportadores norteamericanos. Los artículos sobre el propio tratado que aparecen en este volumen, denunciando las absurdas importaciones de alimentos y otros bienes, incluso industriales, que el país podía producir, pero que compraba al poderoso vecino debido al régimen latifundiaro, pero también —y de manera más directa— en virtud de las desiguales condiciones competitivas derivadas de aquel convenio, daban cuenta de la situación. Dicho sea de paso, aquellos trabajos provocaron el enojo de don Cosme de la Torriente.

Don Cosme, que entonces tenía alrededor de 85 años, era uno de los últimos sobrevivientes de la generación que a fines del siglo pasado produjo aquella masa de héroes en la lucha por nuestra independencia, pero de la cual también surgieron después unos cuantos personajes que —sacando lascas de su patriótica trayectoria anterior— se dieron a la tarea de aprovechar en su propio beneficio la corrupción política y administrativa que acompañó —a partir sobre todo de la primera intervención yanqui— el proceso de capitalismo dependiente que se impuso al país.

En aquella tan cáusticamente llamada por un novelista “república de generales y doctores” —bien representados por los Estrada Palma, José Miguel, Menocal, Zayas y Machado— don Cosme clasificaba no entre los generales —pues sólo había llegado a coronel en la guerra—, pero sí, como Zayas, entre los doctores y, aunque tampoco alcanzó ni mucho menos la presidencia, desempeñó singular papel como una suerte de profesional del entreguismo a los intereses norteamericanos. Partícipe relativamente discreto en los avatares de la politiquería de la época, había logrado sin embargo hacerse de un cierto prestigio por su carrera como embajador en Washington —

afirmandose que allí contribuyó al reconocimiento de la pertenencia de Isla de Pinos a Cuba— y presidente durante un período de la Liga de las Naciones. Pero ya entonces tenía en su expediente el papel que desempeñó cuando la crisis económica de 1920-1921 —aquel desastre en que terminó la célebre Danza de los Millones — como coautor (el otro era el procónsul yanqui Enoch Crowder) de aquellas leyes precisamente conocidas como Leyes Torriente, que facilitaron la enajenación de la mayor parte de la riqueza cubana—centrales azucareros, fincas y otras empresas— a favor de las compañías y bancos estadounidenses. Más tarde durante la crisis en que culminó la tiranía machadista y la repudiable mediación norteamericana, le encontramos como uno de los asesores de Summer Welles en sus trajes intervencionistas. Poco después, figuraba como el principal impulsor del ominoso Tratado de Reciprocidad Comercial cubano-norteamericano a que me refería más arriba.

Al publicarse aquel trabajo en Carteles denunciando lo lesivo que para los intereses nacionales había resultado aquel convenio —apuntándose de paso su protagónico desempeño en el mismo—, don Cosme reaccionó casi con violencia, enviando a la revista una protesta formal y aludiendo desde luego a su supuesta trayectoria patriótica. Pero la sangre no llegó al río. Y, después de todo, era comprensible tal actitud. El aureolado viejo tenía que cuidar como nunca antes su falso prestigio, dado que por aquellos días presidía la denominada Sociedad de Amigos de la República (SAR), una entidad enfrascada en la tarea de tratar de conciliar la dictadura con ciertos elementos de la oposición para resolver la grave crisis política que atravesaba el país y que —según temían las clases dominantes— podían desenlazar en una revolución más exitosa que aquella frustrada del '33.

VII

Cercanos a aquella línea de recuento —y aún denuncia— de la terrible situación económico-social en que se reflejaba el régimen imperante en Cuba, pero desde otro punto de vista, podrían incluirse ciertos reportajes y artículos —a veces pequeños ensayos— relacionados con el proceso formativo de la nación cubana, como los que trataban sobre trayectoria étnica poblacional, religiones dominantes, tradiciones musicales, figuras (Félix Varela, Antonio Maceo) y acontecimientos históricos (24 de FEBRERO), entre otros. Parece que resultaban útiles como contribución a la defensa de nuestra identidad cultural y así lo entendió por ejemplo Gonzalo Roig, quien me envió una emotiva carta de felicitación por lo que escribí sobre el arte del cual él mismo era una de las glorias del país.⁵ Recuerdo de aquel trabajo que, luego de las conversaciones con el propio

maestro Gonzalo Roig, de toda una tarde y una noche con Trinidad Torregrosa —el asesor negro y experto de Fernando Ortiz— en un toque de santo en “casa de Belén” (Guanabacoa) y la consulta a otros musicólogos, disfruté de una buena mañana de charla con Miguel Matamoros —allá en su casa de Regla. Miguel, cuando aludí a la creciente influencia de las piezas norteamericanas en Cuba, reaccionó excitado:

—Sí, es verdad —decía— nuestra música corre ese peligro.

Y, para demostrarlo, se puso en pie y comenzó a tararear un son o guaracha mientras ejecutaba bailando los correspondientes pasillos.

—Es nuestro compás del dos por cuatro —añadía—, pero ahora escucha esto.

Y comenzó a repetir la escena, pero con otro ritmo muy popular entonces.

—¿Ves la diferencia? —concluía.

Años más tarde, durante un encuentro casual con Jorrín, el genial creador del cha-cha-cha, le contaba yo algo de aquella entrevista, apenándome luego el haberlo hecho, pues reaccionó un poco molesto.

—¡Bah! —dijo—, esas son cosas de Miguel.

VIII

Ni uno solo de aquellos trabajos hacía la más mínima concesión a la política de la tiranía —sino todo lo contrario—, mas, paradójicamente, dos de ellos —los más sensacionales y que de manera más dura la golpeaban— logré hacerlos, por excepción, nada menos que por iniciativa y aporte informativo de figuras del régimen. Uno de ellos resultó de la propuesta que me hizo el ministro-presidente del entonces Consejo Nacional de Economía, Doctor Gustavo Gutiérrez, para que le preparara la divulgación en la prensa de un simposio sobre recursos naturales de Cuba que estaba organizando. Gustavo Gutiérrez era un hombre de gran talento y con una sólida formación profesional, que en varias ocasiones había propiciado trabajos de buen nivel técnico sobre la problemática económica de Cuba, pero tenía un historial político que incluía sus servicios a la dictadura machadista en los años treinta y ahora a la batistiana. Iba yo por tanto a rechazar su invitación, pero al consultar de todos modos a la dirección del partido (PSP) recibí por la usual vía clandestina la orientación de que aceptara. “Es posible que en ese evento obtengas informaciones que son importantes para la lucha”, recuerdo que fue el mensaje que me envió Carlos Rafael. Acepté pues llevar a cabo la tarea, organicé un equipo de periodistas de primera línea y políticamente confiables —entre ellos recuerdo también a Gregorio Ortega: un comunista desde su adolescencia— y, adecuadamente

seleccionados, los materiales sobre el evento comenzaron a fluir hacia la prensa.

Ya casi terminando el simposio, cayó en mis manos un informe confidencial del Consejo Nacional de Economía sobre la situación del desempleo en el país.

Era la oportunidad que yo estaba esperando, que enmarcaba perfectamente en el convenio verbal a que había llegado con Gustavo Gutiérrez de disponer de absoluta libertad en el manejo publicitario del evento y que, aprovechando la ocasión, se tradujo en un reportaje en Carteles con aquel impactante título a todo lo largo de las dos páginas centrales de la revista:

“¡Más de 1 235 000 desempleados en Cuba!”

El trabajo, resultó enseguida obvio, produjo gran impresión en la opinión pública. La reacción de Gustavo Gutiérrez no la supe nunca —pudo encolerizarse o divertirse con la jugarreta, dado su contradictoria personalidad. La de Batista sí la supe o me pareció saber. En aquellos días corrió por La Habana el rumor de que, a raíz del simposio y su publicidad, Batista le había pedido la renuncia a su Ministro de Economía.

El otro reportaje que no procedió de mi iniciativa sino de una insólita fuente resultó ser aquel sobre el famoso Canal Vía Cuba.

Los principales impulsores de la idea eran, entre otros, miembros de la alta oficialidad de la Marina de Guerra quienes —por recomendación de un amigo mío con ciertos antecedentes como intelectual progresista en los años treinta, pero ahora muy vinculado a algunos círculos de la tiranía—me invitaron a que los visitara en la sede del Estado Mayor en la Avenida del Puerto. Así lo hice y no solo me informaron sobre aquel proyecto —hasta entonces mantenido en el más riguroso secreto—, sino que permitieron a Raúl fotografiar toda suerte de documentos, planos y hasta maquetas ilustrando sus características.

—Le ofrecemos toda esta información —observó el comodoro allí presente—, porque tenemos entendido que usted es un periodista muy objetivo y podrá reflejar en su reportaje todos los beneficios que se derivarán para este país de la construcción del canal.

—Sin duda, haré constar sus opiniones y seré todo lo objetivo que me sea posible.

—Eso esperamos.

Cumpliendo entonces lo pactado —y con profusión de datos y fotos— el reportaje reflejó con exactitud las supuestas ventajas que sus autores acreditaban al proyecto. Pero, asimismo, a fuer de objetivo, en una segunda parte del trabajo se sugerían las tan impredecibles como nefastas consecuencias que para la nación podía tener de llevarse a cabo una idea que partía del principio de dividir la isla en dos,

utilizando los más absurdos argumentos pero abriendo también las posibilidades —para ciertos personajes— de hacer el más gigantesco negocio a costa de los intereses nacionales.

Siguió a ello uno de los mayores escándalos de que se tuviera noticia en el país desde el golpe de Estado del 10 de Marzo. Se movilizaron en protesta la prensa, los partidos y líderes de la oposición, las figuras más destacadas del mundo académico y, desde luego, la indignada opinión pública.

El proyecto tuvo que ser engavetado.

Y, para mí, la secuela consistió en aquellas primeras y forzadas visitas al SIM y al BRAC⁶ donde fui convenientemente fichado.

IX

Solía llamar la atención a gente avisada de las características de la prensa de la época —segunda mitad de la década de los '50— que me fueron publicados en Carteles —regularmente, con gran despliegue de ilustraciones y atractivo formato— trabajos con un contenido como el que el lector puede apreciar en la selección que ofrece este volumen.

La prensa —incluida la más liberal de entonces— tendía a concentrar sus críticas en la corrupción de la administración pública y los no menos turbios manejos de las figuras y partidos politiqueros enfrascados en la lucha por el poder. Bohemia, como apunté antes, era el órgano más destacado en ese sentido y el Partido Ortodoxo —con su emblemática escoba y lema de “vergüenza contra dinero”— también. A partir del golpe de Estado de Batista el 10 de Marzo de 1952 a ello se añadió, desde luego la denuncia de los desmanes represivos de la dictadura. En cambio, los problemas de más hondo y decisivo calado que afectaban el país, en esencia derivados del subdesarrollo que le imponía su carácter capitalista dependiente, salvo raras excepciones —entre ellas por supuesto la del PSP— apenas si era mencionado. Fidel Castro, que los conocía, al enunciar el programa revolucionario durante sus descargos ante el tribunal que lo juzgaba por la gesta del Moncada, también aludió audazmente a algunos de ellos (latifundismo, subindustrialización, desempleo), pero en forma cuidadosa y sabedor de que La Historia me absolverá sólo podría circular clandestinamente.

Los trabajos que yo escribía para Carteles, por otro lado, exponían implícita cuando no abiertamente que los males de la seudorrepública tenían por raíz ese carácter capitalista dependiente, i.e., el hecho de que sus estructuras y procesos históricos—económicos, políticos, sociales, culturales y de toda índole— se ajustaban, como tornillos a

sus tuercas a los intereses de la alianza oligárquico-imperialista dominante. Que se publicaran parecería hoy algo normal. Pero en aquellos tiempos —cuando la crítica al régimen imperante no solía ir más allá de la denuncia de la corrupción y la dictadura como si fueran la esencia que agotaba la problemática nacional— ello constituía un fenómeno algo inusitado. Tanto más cuanto que yo no hacía la menor concesión contra mis principios y el hecho —aún más insólito—de que jamás, se me sugirió que eliminara o alterara un párrafo.⁷

¿Cómo explicar todo esto?

Muchas veces —en aquel entonces y aun después, incentivado por gente amiga que se hacía y me planteaba sorprendida tal interrogante— yo reflexionaba sobre el caso.

Mi conclusión es que en ello intervenían varios factores:

En primer lugar, debe recordarse que entre los componentes de la estructura de clases de la sociedad cubana había dos muy importantes para el negocio publicitario o editorial de la economía. Uno era la débil y mediatizada burguesía —dueños de centrales azucareros, algunas industrias y empresas de otros sectores, A ella pertenecían los millonarios propietarios de Bohemia y Carteles. Otro era el formado por las amplias capas medias —profesionales, empleados, comerciantes— que, a su vez, constituían el mercado fundamental de ambas revistas. Tanto la burguesía como las capas medias tenían flagrantes contradicciones con el régimen imperante que de una u otra manera —para mantenerse y prosperar— debían reflejar aquellas publicaciones. Volverle por completo las espaldas a tales intereses —los propios y los de su masa de lectores— hubiera resultado económicamente suicida.

En segundo lugar, al adquirir Carteles la empresa de Bohemia se planteó el problema de levantar la calidad de la primera, pero sin convertirla en una copia al carbón o réplica tal de la segunda que le hiciera la competencia a esta —lo cual, en lugar de aumentar las ganancias del negocio, hubiera resultado en un reparto del mercado entre ambas publicaciones sin el correspondiente incremento en las ventas y por tanto de la rentabilidad de la inversión. La solución —inteligente— que se le dio a esta disyuntiva consistió en imprimirle a Carteles un contenido y formato diferentes a Bohemia, esto es realzarla ampliando el diapasón de los temas usuales y, sin subestimar el papel de la presentación atractiva, darles un tratamiento más profundo, sustancial e incluso, si era posible, reflexivo. Tal política editorial se evidenciaba por ejemplo, en la sección de crítica de cine que escribían Guillermo Cabrera Infante (Caín) y de teatro a cargo de Rine Leal, así como también en los

míos sobre temas económicos y sociales.

En tercer lugar, precisamente, estos últimos se correspondían con aquella concepción que deseaba imprimirse a Carteles.

La prensa cubana de entonces dejaba prácticamente virgen cierto campo de acción muy en consonancia con mi formación ideológica (marxista), vocación investigadora y —por mi trayectoria en Hoy— experiencia periodística. Esto es, un tipo de trabajo que basándose en las técnicas de investigación de las ciencias sociales, se aplicara a la indagación, análisis e información—ncluso, en su caso, denuncia— de problemas claves de la nación. La selección de los temas correspondientes en un país de capitalismo dependiente como el cubano, tan pródigo en contradicciones socioeconómicas no era lo más difícil. Sí el exponerlos en un lenguaje periodístico —objetivo, claro y ameno—al mismo tiempo que asimilable por una publicación que tenía sus límites ideológicos.

Aun así, la aceptación por la revista de temas usualmente evadidos —aun proscritos— por la prensa de la época, probablemente también se explique porque, desde los más sencillos y corrientes hasta aquellos más sensibles, espinosos y audaces, los respaldaba yo siempre con una investigación exhaustiva, una documentación o despliegue de evidencias irrefutables y, muy singularmente, una exposición literaria cuidadosa. En realidad, a veces debía dedicar tanto tiempo al embotornamiento de cuartillas buscando la expresión correcta y a la vez conveniente que a la agotadora búsqueda de la información. De esa época me ha quedado el penoso hábito de una redacción trabajosa y una cierta envidia hacia quienes escriben improvisada y espontáneamente —y les sale bien.

X

Otro aspecto al que, finalmente, me parece justo y necesario aludir, es el del papel de Raúl Corrales —mi compañero de andanzas periodísticas de aquellos años. Raúl, con quien había comenzado a trabajar desde los tiempos de Hoy (1950-53), tenía un poderoso instinto capaz de traducir la tarea de fotorreportero en un ejercicio de arte. Sus fotos —sin duda, a veces impresionantes testimonios gráficos de lo que era la Cuba prerrevolucionaria— resultaban decisivas para dar vida, realismo e impacto a aquellos reportajes y artículos de Carteles. Raúl y yo formábamos un equipo de esos que parecen irrepetibles. Mas, ahora —laureado con el Premio Nacional de Artes Plásticas (1996) y reconocido internacionalmente como una de las figuras más significativas de la fotografía contemporánea—, pienso que en los merecidos estudios y elogios con que se exalta su obra falta apuntar un

rasgo personal suyo que suelo recordar muy bien: aquella infallible disposición que tenía para el trabajo.

Cuando a Raúl yo le planteaba hacer un reportaje —a veces sobre los más insólitos temas y en los más remotos lugares y adversas condiciones— su reacción era siempre la misma.

—Está bien. ¿Cuándo salimos?

—Mañana.

—De acuerdo.

A decir verdad, mi memoria no registra huellas de que surgieran discrepancias entre nosotros —lo que no deja de ser significativo tomando en cuenta que día tras día laboramos juntos durante casi diez años compartiendo vivencias. Estas, a veces, increíbles. Como aquella cuando seguíamos a través de pueblos y provincias la peregrinación de la “Estigmatizada” y todo iba bien hasta que cierta tarde —en la carretera a la salida de una localidad de las Villas— se apareció de pronto un coronel escoltado por varios soldados que con voz imperiosa ordenó la suspensión de aquella marcha. La protagonista de ésta, sorprendida y con su cruz a cuestas, se detuvo y, con ella, la pequeña multitud de creyentes y curiosos que la seguía.

El oficial era un hombre de mediana edad, no muy alto pero sí corpulento, trigueño y se había acercado a la procesión exhibiendo movimientos enérgicos, algo marciales y autoritarios. Pero enseguida se notó que no venía en una actitud agresiva. Por el contrario, su rostro expresaba cada vez más un sentimiento como de emoción y reverencia. En una mano llevaba un ramito que yo creo era de albahaca y con la otra comenzó a santiguar a la “Estigmatizada” y su cruz, movimiento que terminaba con un chasquido de dedos.

Súbitamente, pero ya actuando como un verdadero poseso, en la medida en que se le aproximaba, le dio por exclamar una y otra vez con tono estremecido:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

La delirante escena bien merecía una foto, pero con un gesto le sugerí a Raúl no la tirara.

Luego le comenté:

—Si tiras la foto te rompe la cámara en la cabeza o te pega un tiro.

—Eso creo.

Y así se perdió —gajes del oficio— el más aleccionador y quizá impresionante testimonio gráfico de una era en la historia de Cuba que, afortunadamente, hace ya más de cuarenta años quedó a atrás.

Oscar Pino Santos

*Septiembre de 1999: “Año del 40 Aniversario del
Triunfo de la Revolución”*

¹ Partido Socialista Popular (comunista).

² Miguel Ángel Quevedo, propietario y director de *Bohemia*. Poco después del triunfo de la Revolución en 1959 abandonó el país y años más tarde cometió suicidio. Antonio Ortega tengo entendido que fue a recalar a la Argentina. Pero periodistas tan decisivamente contribuyentes a la calidad de esa revista, como Enrique de la Osa —responsable de la leída sección “En Cuba”— y otros, continuaron aportando sus dotes profesionales al proceso revolucionario.

³ Con el Colegio Nacional de Periodistas que se mantuvo luego, en efecto, muy hostil a nuestra labor —de Raúl Corrales y mía— en *Carteles*. Fue necesario que pasáramos por las entonces horcas caudinas de la Escuela de Periodismo donde, al cabo de cuatro años, obtuvimos el título correspondiente.

⁴ El trágico episodio —reflejo de cómo era la vida en ciertas regiones de Cuba en aquellos tiempos y que aquí describo por vez primera— lo narré después a varias personas. Una versión, aunque no exacta, tengo entendido le llegó a Onelio Jorge Cardoso —nuestro cuentero mayor— que la utilizó en una de sus piezas más antológicas.

⁵ La historiografía cubana actual ha superado muchos de los planteamientos que hice en aquellos ensayos, pero decidí incluirlos por no carecer de interés, quizá, como enfocábamos esos temas en aquella época, hace más de cuarenta años.

⁶ SIM: Servicio de Inteligencia Militar; BRAC: Buró de Represión de Actividades Comunistas. El BRAC, bien amaestrado por la CIA, tenía incluso mi cédula electoral en que constaba mi verdadero nombre y militancia en el PSP. En realidad, yo me llamaba Jorge Oscar Fidel Pino Vega, pues Oscar Pino Santos era mi padre, un abogado fallecido muy joven. Yo firmaba así para que no se me identificara con el reportero que había sido en *Hoy*.

⁷ En los frecuentes períodos de amordazamiento de la prensa decretados por la tiranía, desde luego, otra era la situación. Pero entonces yo escapaba de la censura tratando los temas más inocuos —las modas, automovilismo, el cultivo de flores— y firmaba con otro seudónimo.